

COMENTARIOS Y RESEÑAS CRÍTICAS

Eleicoes e Economia

Instituciones políticas e resultados macroeconomicos na America Latina (1979-1998)

HUGO BORSANI

Editado por UFMG y IUPERJ, Río de Janeiro, 2003, 234 páginas.

Por ADOLFO GARCÉ

No es noticia, al menos en nuestro pago, que tras la generación de los “pioneros” (Aldo Solari y Carlos Real de Azúa) y la de los “fundadores” del Instituto de Ciencia Política y/o de la disciplina (César Aguiar, Oscar Bottinelli, Gerardo Caetano, Agustín Canzani, Alfredo Errandonea, Javier Gallardo, Luis Eduardo González, Aldo Guerrini, Jorge Landinelli, Jorge Lanzaro, María Elena Lournaga, Carlos Luján, María Ester Mancebo, Pedro Narbondo, Francisco Panizza, Carlos Pareja, Carina Perelli, Romeo Pérez Antón, Germán Rama, Juan Rial, José Rilla, Luis Senatore, etc.), se ha constituido, a partir de los años 90’, una nueva generación de politólogos en Uruguay.¹ Esta nueva camada está integrada, entre otros, por David Altman, Nicolás Bentancur, Daniel Buquet, José M. Busquets, Antonio Cardarello, Ernesto Castellano, Daniel Chasquetti, Gustavo De Armas, Juan Pablo Luna, Altair Magri, Carmen Midaglia, Felipe Monestier, Constanza Moreira, Juan Andrés Moraes, Rafael Piñeiro, Conrado Ramos, Miguel Serna, Federico Traversa, Jaime Yaffé y Cristina Zurbriggen. A esta nueva generación también pertenece Hugo Borsani. La referencia generacional va más allá de la anécdota. En buena medida, el excelente libro de Borsani (en verdad, su Tesis de doctorado en Ciencia Política en IUPERJ, Brasil), es una clara expresión de cómo pretende encarar la labor científica la nueva generación de científicos políticos uruguayos.²

Antes de referirme a la obra, permítaseme presentar brevemente a su autor. Hugo A. Borsani nació en Montevideo. Luego de terminar la Licenciatura en Sociología en la Universidad de la República (1988) y de trabajar en CIESU (1988-1993), se instaló en Río de Janeiro (1994) para hacer la Maestría y el Doctorado en Ciencia Política. Su tesis de doctorado, escrita bajo la orientación de Marcus Figueiredo y defendida en setiembre de 2000, fue premiada como la Mejor Tesis de Doctorado en Ciencia Política del año

(1) Aunque aquí uso la categoría *politólogo* en un sentido amplio (todo aquel que pretende hacer una aproximación “científica” a la política queda comprendido en ella), considero, como he dicho en alguna otra ocasión, que hay que empezar a reservar el término politólogo para denominar a los graduados en programas de Ciencia Política.

(2) Otras dos aclaraciones. En primer lugar, el listado de integrantes de las sucesivas generaciones no es exhaustivo. En segundo lugar, algunos colegas son especialmente difíciles de clasificar porque están en la frontera entre la generación de los “fundadores” y la de los “nuevos”. Es el caso, por ejemplo, de Nicolás Bentancur, Daniel Buquet, María Ester Mancebo, Constanza Moreira y Carmen Midaglia.

2000 por IUPERJ y mencionada en el Concurso Brasileiro CNPq-ANOPCS de Obras Científicas y Tesis Universitarias en Ciencias Sociales (edición 2001). En este momento Borsani (hugobor@uenf.br) es Profesor, Investigador asociado y Jefe del Laboratorio de Estudios de la Sociedad Civil y del Estado (LESCE) de la Universidade Estadual de Norte Fluminense (Río de Janeiro).

El libro analiza la relación entre los procesos electorales y la evolución de algunas variables económicas (crecimiento económico, desempleo e inflación) en las democracias de América Latina entre 1979 y 1998. Se inscribe, por lo tanto, en el dinámico y apasionante campo de la Economía Política. Dentro de él, el autor dialoga muy especialmente con la literatura sobre ciclos político-económicos. Borsani organiza estas teorías siguiendo dos ejes: (i) la motivación predominante en los dirigentes políticos de los partidos y (ii) la racionalidad del proceso decisorio de los electores. De acuerdo con el primer eje, distingue entre *enfoques "oportunistas"*, que piensan a los partidos como agentes "maximizadores de votos" en la huella de Downs, y *enfoques "partidistas"* que, siguiendo la pista que va de Hibbs a Boix, asumen que los partidos buscan el poder para llevar adelante las políticas preferidas por sus electores. En el segundo eje, es decir, en cuanto a la racionalidad del comportamiento de los electores, Borsani distingue entre el comportamiento que define como "no racional" (el elector vota haciendo una evaluación "miope" del desempeño del gobierno) y el comportamiento "racional" (el elector vota prospectivamente, esto es, haciendo un cálculo estratégico de a quién beneficiarán las políticas de cada uno de los partidos en competencia. El lector interesado encontrará en el libro de Borsani una presentación escueta, sencilla y precisa de esta literatura y de sus principales momentos, desde los trabajos pioneros de William Nordhaus y Douglas Hibbs, hasta los debates más recientes protagonizados, entre muchos otros, por Alesina, Roubini, Persson y Tabellini.

Al procurar medir cuál de los modelos teóricos encuentra mayor respaldo en la evidencia empírica de América Latina, Borsani realiza, desde mi punto de vista, dos aportes valiosos. El primero de ellos es de carácter teórico y consiste en contribuir a seguir jerarquizando el papel de las variables políticas en el desempeño económico: por un lado, en la senda de nuestro admirado Carles Boix, analiza sistemáticamente el papel de la ideología del partido de gobierno en el desempeño económico; por el otro, tendiendo un puente hacia la literatura de corte neoinstitucionalista sobre el presidencialismo (Shugart, Carey, Mainwaring, Scully, Coppedge, Amorim Netto, etc.), analiza la relación entre el grado de concentración del poder político y los desempeños económicos. En este último punto es que nuestro compatriota alcanza, al menos hasta donde el autor de esta reseña se anima a opinar, el grado más elevado de originalidad teórica. El segundo aporte de Borsani es de carácter empírico. A diferencia de lo que ocurre con los países de la OCDE que han sido exhaustivamente analizados, hasta la fecha no existían buenos antecedentes de estudios de la Economía Política de las democracias de América Latina. Borsani reunió y analizó sistemáticamente, apoyado en un envidiable manejo de sofisticadas técnicas estadísticas, información novedosa. Los países incluidos en el estudio son Argentina, Bolivia, Brasil, Colombia, Costa Rica, El Salvador, Honduras, Guatemala, Perú, República Dominicana, Uruguay y Venezuela.

Veamos, rápidamente, las principales conclusiones que surgen de su libro. Primero, el autor concluye que no se verifica una manipulación “oportunista” de la economía durante los años electorales. En este punto la información de los casos de los países latinoamericanos estudiados coincide con la obtenida en los países de la OCDE. Segundo, en cambio, encuentra que durante el período inmediatamente posterior a la elección, sí es posible corroborar una desaceleración del crecimiento económico, un aumento del desempleo y de la inflación, en consonancia con las previsiones de los enfoques “oportunistas” para el período post-electoral. Tercero, Borsani encuentra que, aunque la ideología del partido de gobierno influye en el nivel del desempleo (es más alto en los gobiernos de derecha que en los de izquierda) como sostenían los enfoques “partidistas”, no está asociada al nivel de inflación. Cuarto, el autor muestra que la presencia de comportamientos “oportunistas” durante el año electoral es más probable cuando el gobierno del partido del presidente cuenta con mayoría absoluta. Todas y cada una de estas conclusiones son de altísimo interés para los estudiosos de la Economía Política de los presidencialismos latinoamericanos. Sin embargo, es posible que el lector eche de menos un relato global –un modelo general del comportamiento político– que permita comprender cómo se enlazan todas estas conclusiones entre sí. El autor recorre, por momentos, este camino. Por ejemplo, ofrece una explicación consistente, apoyándose en ejemplos, de por qué hay comportamientos “oportunistas” después de la elección (segunda conclusión) y no antes (primera conclusión). Sin embargo, el desafío de encuadrar los distintos hallazgos empíricos en un modelo general sigue abierto, a la espera de nuevos avances teóricos y empíricos.

Quiero detenerme en la asociación entre conductas “oportunistas” y gobierno mayoritario hallada por Borsani (a medida que aumenta el poder del Presidente aumentan las probabilidades de encontrar conductas oportunistas). Esta conclusión me parece especialmente relevante, tanto por razones teóricas como por sus implicancias para el análisis político. En otro libro de Economía Política igualmente apasionante pero publicado en Uruguay (me refiero a la obra coordinada por Diego Aboal y Juan Andrés Moraes titulada *Economía Política en Uruguay*, editada por Trilce en mayo de 2003), más precisamente en el artículo “La economía política de los déficit fiscales en Uruguay”, Diego Aboal, Fernando Lorenzo, Juan A. Moraes y Gabriel Oddone llegan a una conclusión diferente a la de Borsani. Según ellos, a medida que crece el poder político del presidente mejoran los resultados fiscales; a su vez, cuanto más débil políticamente es un presidente, mayores son los déficit fiscales. Desde el punto de vista teórico la cuestión de cómo quisiera poder gobernar la economía un Presidente “racional” durante el año electoral es del más alto interés, por lo que cabe esperar que los especialistas en Economía Política del presidencialismo puedan profundizarlo rápidamente. Sin embargo, como anuncié más arriba, esta cuestión no tiene sólo un alto interés teórico. Es imposible, al menos para quien escribe estas líneas, evitar proyectar la cuestión de la relación entre poder político del presidente y comportamientos “oportunistas” en el gobierno de la economía con la perspectiva –por no decir la certeza– de un gobierno de izquierda con mayoría parlamentaria en Uruguay a partir de marzo de 2005. Teniendo en cuenta que es altamente probable –por no decir seguro– que Tabaré Vázquez terminará teniendo mayoría

en ambas cámaras, si Borsani tiene razón, lo más probable es que el EP/FA realice un manejo “oportunistista” de la economía en el año 2009, al menos en lo referido a crecimiento del PBI y evolución del desempleo. En cambio, si Aboal, Moraes y sus colegas están en lo correcto, habría que esperar un estricto control del déficit fiscal durante ese mismo año. ¿Son compatibles ambas previsiones? ¿Cuál de las dos logrará anticipar mejor el comportamiento del presidente? También estas preguntas quedan abiertas.

El texto de Hugo Borsani, como todo buen libro académico, vale fundamentalmente por las tesis que defiende. Sin embargo, también puede ser visto, al igual que, en su momento, *¿Un enfermo imaginario?* de Daniel Buquet, Daniel Chasquetti y Juan Andrés Moraes, como testimonio de los rumbos nuevos de la Ciencia Política nacional. Nadie puede negar que la relación entre Economía y Política ha estado presente en las generaciones anteriores, como puede comprobar cualquiera que se asome, por ejemplo, a algunos de los textos más emblemáticos de Carlos Real de Azúa o de Jorge Lanzaro. La hipótesis de Uruguay como “sociedad amortiguadora” (Real de Azúa) o la explicación del gradualismo de las reformas durante la “segunda” transición a partir de las características de nuestro “presidencialismo pluralista” (Jorge Lanzaro), en tanto relacionan dimensiones políticas con el modo de implantación de los sucesivos “modelos de desarrollo” o con la dinámica de las reformas económicas, deben ser catalogadas, en un sentido amplio, como hipótesis de Economía Política. Sin embargo, me parece claro que en la nueva generación de cientistas políticos existe un interés mucho mayor por esta temática, que los ha llevado a explorar a fondo el “estado del arte” y a profundizar en la literatura de vanguardia en ese campo. Naturalmente, no pretendo sostener que la única preocupación temática de ésta, la tercera generación de politólogos uruguayos, es la Economía Política. En realidad, ni siquiera pretendo argumentar que es la principal. Sólo sostengo que, como ocurre siempre, los “nuevos” están leyendo otros autores y se están involucrando en otros debates. Entre los “nuevos” se nota también, muy claramente, un fuerte giro metodológico que los ha alejado del ensayo (género predominante en las dos generaciones anteriores) y los ha arrimado al modelo positivista que prevalece en la academia norteamericana.